

Rezar el Viacrucis con
Santa Teresa Benedicta de la Cruz
(Edith Stein)



Carmelitas Descalzas de Cádiz



ESTACIONES DEL VIACRUCIS TRADICIONAL

I: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Pilato, queriendo dar satisfacción a la plebe, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberle azotado, lo entregó para que le crucificasen (Mc 15, 15).

En cada momento de su existencia, Cristo vivió entregado sin reservas al amor divino. Mas, al hacerse hombre, tomó sobre sí toda la carga de los pecados humanos, se abrazó con ellos en su misericordioso amor, escondiéndolos en su propia alma, con aquel “*Ecce venio*” (Aquí vengo... Heb 10,7), con el que inauguró su vida terrena, expresamente repetido en su bautismo, y con el *Fiat* de Getsemaní. Así se fue consumando su sacrificio de expiación, primero en su interior, y luego en todos los sufrimientos a lo largo de su existencia, pero de modo más espantoso en el Huerto de los Olivos y en la cruz, porque aquí llegó incluso a cesar de momento el gozo que a su alma redundaba de su unión hipostática, para que así quedara más totalmente a merced del dolor, hasta probar el total abandono de Dios. El *Consumatum est* señalará el fin de ese holocausto expiatorio, y el *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum* será el definitivo retorno a la eterna e inalterable unión de amor.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. *Ten piedad y misericordia de mi.*

II: JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Tomaron, pues, a Jesús, que, llevando su cruz, salió al sitio llamado

Calvario, que en hebreo se dice Gólgota (Jn 19, 17).

El peso de la Cruz, que Cristo ha cargado, es la corrupción de la naturaleza humana con todas sus consecuencias de pecado y sufrimiento, con las cuales es castigada la humanidad caída. Sustraer del mundo esa carga, ese es el sentido último de la Vía crucis. El regreso de la humanidad liberada al corazón del Padre celeste y el estado de hijos adoptivos es un don gratuito de la gracia, del amor omnimisericordioso.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mí.

III: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo; pero si muere, dará mucho fruto. (Jn 12, 24).

Las tres caídas de Cristo bajo el peso de la Cruz corresponden a la triple caída de la humanidad: el pecado original, el rechazo del Redentor por su pueblo elegido, la apostasía de aquellos que llevan el nombre de Cristianos. Podemos suponer que el pensamiento en los fieles que le habrían seguido en el camino del dolor, fortaleció al Salvador en la noche del Monte de los Olivos. Y la fuerza de estos cargadores de la Cruz viene en su ayuda después de cada caída. Los justos de la Antigua Alianza le acompañan en el camino entre la primera y la segunda caída.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mí.

IV: JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Simeón los bendijo y dijo a María su madre: Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, y a ti misma una espada te atravesara el alma, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones. (Lc 2, 34-35).

Como modelo de los seguidores de la cruz de todos los tiempos tenemos a la Madre de Dios. También en tu corazón, santísima Virgen, verdad y misericordia son uno. Tú no has cerrado tus ojos ante la terrible vista del sufrimiento, allí te has apiadado de nosotros y has dicho con el Señor: Padre, perdónalos (Lc 23,34). Si somos sinceros, si no cerramos los ojos ante nuestros propios pecados y faltas, sino que los vemos y abiertamente los confesamos, y si creemos de verdad en la misericordia, entonces ella nos viene al encuentro y nos libera. Y somos misericordiosos frente a los demás cuando somos veraces; cuando vemos sus deficiencias y las descubrimos para ayudarlos a liberarse. Pero somos verdaderamente veraces, cuando somos veraces en misericordia: si sólo nos mueve un amor puro, si tenemos en consideración lo que el otro puede soportar, si vemos claramente nuestra propia ceguera, y por ello imploramos misericordia divina y no nos confiamos de nuestra propia luz, sino que nos ponemos bajo la guía de la luz divina.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, **R.** *Ten piedad y misericordia de mí.*

V: EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Cuando le llevaban, echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús (Mc 23, 26).

El Salvador no está solo en el camino de la Cruz y no son sólo enemigos los que le acosan, sino también hombres que le apoyan: como tipo de aquellos que asumen el peso del sufrimiento impuesto y soportándolo reciben su bendición, tenemos a Simón de Cirene. Cualquiera que a lo largo del tiempo haya aceptado un duro destino en memoria del Salvador sufriente, o haya asumido libremente sobre sí la expiación del pecado, ha expiado, en parte, el inmenso peso de la culpa de la humanidad y ha ayudado con ello al Señor a llevar esta carga; o mejor dicho, es Cristo-Cabeza quien expía el pecado en estos miembros de su cuerpo místico que se ponen a disposición de su obra de redención en cuerpo y alma.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

VI: LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

El que le iba a entregar les había dado esta contraseña: Aquel a quien yo de un beso, ése es; prendedlo y llevadlo con cautela. Nada más llegar se acerca a Él y le dice: Rabí, y le besó. (Mc 14, 44-45).

Como representante de aquellos que aman y se sienten impulsados a servir al Señor está Verónica. Cada vez se hace más pequeño el grupo de los fieles y quedan desiertas tus moradas. Y ahora en estos últimos tiempos en que la fe, esperanza y caridad menguaron, descubriste tu santa Faz, la faz

de aquel que sufrió en la cruz y cerró los ojos en el sueño de la muerte. Pero tú sufriste en silencio y había una fuerza en ti que dominaba el exceso del sufrimiento. Al que te unes para siempre a ese echas encima el velo lleno de misterios: él padece tu sufrimiento contigo y sufre como tú oculto, en silencio y profundamente en paz.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mí.

VII: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y oraba así: Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras tú (Mt 26, 39).

Quien pertenece a Cristo, tiene que vivir toda la vida de Cristo. Tiene que alcanzar la madurez de Cristo y recorrer el camino de la Cruz. Él conoce nuestra naturaleza y cuenta con ella y por eso nos ha traído todo aquello que nos pueda ayudar para llegar a la meta... El Salvador, que sabe muy bien que somos hombres y que permanecemos hombres, que cada día tenemos que luchar con debilidades humanas, viene en ayuda de nuestra humanidad de manera verdaderamente divina. Quien hace de Él su pan cotidiano deja que se haga realidad cotidiana en sí mismo el misterio de la Encarnación del Verbo. Y ese es el camino seguro para alcanzar el *unum esse cum Deo* y para crecer cada día con mayor fuerza y profundidad en el Cuerpo Místico de Cristo. En nuestra vida tenemos que hacer sitio para el Salvador eucarístico, para que él pueda transformar nuestra vida en la suya.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mí.

VIII: JESÚS SE ENCUENTRA CON LAS MUJERES DE JERUSALÉN

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Le seguía una gran multitud de pueblo y mujeres que se dolían y lamentaban por Él. Jesús, volviéndose a ellas dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí ; llorad mas bien por vosotras y por vuestros hijos (Lc 23, 27-28).

Cristo podía, solamente, acoger a todo hombre que quiera entregarse a Él y acogerles en la unidad de su Persona divino-humana y, como miembros de su cuerpo místico, ofrecerlos al Padre. Para eso vino al mundo. Cristo vino para arrancar a los pecadores del pecado y restablecer la imagen de Dios en las almas profanadas. Él viene como Hijo del pecado, -así nos lo demuestra su genealogía y toda la historia del Antiguo Testamento-, y busca la compañía de los pecadores para tomar sobre sí todos los pecados del mundo y llevarles consigo al madero ignominioso de la Cruz, que este modo se convirtió en el signo de su victoria. Por eso las almas virginales no conocen el desprecio por los pecadores. La fuerza de su pureza sobrenatural no tiene miedo de mancharse. El amor de Cristo las empuja a penetrar en la noche más profunda. Y ninguna alegría maternal se puede comparar con la felicidad del alma capaz de encender la luz de la gracia en la noche del pecado. El camino es la Cruz.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. *Señor pequé,* **R.** *Ten piedad y misericordia de mí.*

IX: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados y yo os aliviare. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallareis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera (Mt 11, 28-30).

Los amantes de la Cruz, que Él suscitó y que nuevamente y siempre suscita en al historia cambiante de la Iglesia militante, son sus aliados en el último tramo. Para ello hemos sido llamados también nosotros. No se trata, pues, de un recuerdo simplemente piadoso de los sufrimientos del Señor cuando alguien desea el sufrimiento. La expiación voluntaria es lo que nos une más profundamente y de un modo real y auténtico con el Señor. Y esa nace de una unión ya existente con Cristo. La naturaleza humana huye del sufrimiento. Y la búsqueda del sufrimiento como satisfacción perversa por el dolor es algo muy distinto de la voluntad de sufrir por expiación. Sólo puede aspirar a la expiación quien tiene abiertos los ojos del espíritu al sentido sobrenatural de los acontecimientos del mundo.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

*V. Señor pequé, **R.** Ten piedad y misericordia de mi.*

X: JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Jesús decía: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. Se repartieron sus vestidos echando a suertes (Lc 23, 34).

Desnudo y sólo, porque Él ha escogido la pobreza. El que quiera seguirlo tiene que renunciar a todos los bienes de la tierra. El Salvador nos ha precedido en el camino de la pobreza. A Él le pertenecen todos los bienes del cielo y de la tierra. Estos no eran ningún peligro para Él; Él podía hacer uso de ellos y a la vez mantener el corazón perfectamente libre. Pero Él sabía, sin embargo, que los hombres difícilmente habrían sido capaces de poseer bienes sin apegarse y dejarse esclavizar. Por eso, renunciando a todo nos ha enseñado, más con el ejemplo que con palabras, que todo lo posee quien no posee nada.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mí.

XI: JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Era la hora tercia cuando le crucificaron. Con Él crucificaron a dos salteadores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Y los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Eh, tú!, que destruyes el santuario y lo levantas en tres días, ¡sálvate a ti mismo bajando de la cruz! (Mc 15, 25-27. 29-30).

Ante ti cuelga el Salvador en la Cruz porque se hizo obediente hasta la muerte en la Cruz. Él vino al mundo no para hacer su voluntad sino la voluntad del Padre. Tu Salvador cuelga ante ti en la Cruz, desnudo y solo, porque él ha escogido la pobreza. El que quiera seguirlo tiene que renunciar a todos los bienes de la tierra. Tu Salvador cuelga ante ti con el corazón abierto. Él ha derramado la sangre de su corazón para ganar el tuyo. ¿Quieres seguirla en santa pureza? Entonces tu corazón tiene que estar libre de todo deseo terreno: Jesús, el Crucificado, será el único objeto de tus anhelos, de tus deseos, de tus pensamientos. Él quiere tu vida para

regalarte la suya.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

XII: JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Llegada la hora de sexta, la oscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora nona. A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: «Eloí, Eloí, ¿lama sabactani?, que quiere decir: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. (Mc 15, 33-34.37).

Donde realmente tiene que empeñarse (el alma) es en la renuncia de la propia voluntad. Por eso, el que obedece no estudia la Regla y Constituciones para descubrir sutilmente cuántas de las así llamadas “libertades” se le permiten todavía, sino para descubrir cada vez mejor cuántos pequeños sacrificios y oportunidades se le ofrecen cada día y cada hora para progresar en la renuncia de sí. Toma todo ésto sobre sí como un yugo suave y una carga ligera, pues se siente, por este medio, más cercana y profundamente unida con el Señor, que fue obediente hasta la muerte de Cruz. Los hijos de este mundo consideran este modo de obrar inútil, irracional y mezquino. El Salvador, que edificó durante treinta años su trabajo cotidiano en base a tales pequeños sacrificios, juzgará de otro modo.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

XIII: JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Al caer la tarde, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era discípulo de Jesús... tomó su cuerpo y lo envolvió en una sábana limpia. (Mt 27, 57-59).

María siempre ha sufrido bajo la separación de su hijo. En Caná se acentuaba separación y ahora de nuevo en la cruz. A gusto le hubiera ella seguido a todas pares como otras mujeres. Pero no era su vocación. Sólo en la pasión tenía que estar cerca. Ella es la primera en ver el costado abierto y venerar el Corazón de Jesús. En el nacimiento de la cabeza de la Iglesia ella no sufrió dolores. Pero ahora, cuando se convierte en Madre de los miembros, ella grita de dolor (Ap 12,2). con todo, ella es la mujer fuerte, apoyo de las demás mujeres, de los apóstoles, especialmente de Juan, que le es confiado como hijo. Ponen el cadáver en su regazo. En la Nochebuena ella gustó con todos los sentidos de la dulzura del niño. Ahora ve el cuerpo muerto, la boca enmudecida, pero el aroma del sacrificio asciende; y en la amargura del dolor ella siente que la amargura del pecado está superada.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

XIV: JESÚS ES SEPULTADO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Y José tomó el cuerpo, lo envolvió en un lienzo limpio y lo puso en su sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca; luego, hizo

rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fue. Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro. (Mt 27, 59-61).

Cristo en la última cena aceptó morir víctima y se apropió la oración sacerdotal. Él no tenía necesidad de ofrecer ningún sacrificio de expiación por sí mismo, pues no tenía pecado. Como miembros del cuerpo de Cristo, animados por su Espíritu nos ofrecemos “por Él, con Él y en Él” como sacrificio, y nos unimos al eterno canto de los coros de los espíritus bienaventurados que cantan el “Sanctus” eterno. Su sangre es la cortina a través de la cual entramos en el santuario de la vida divina.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

*V. Señor pequé, **R.** Ten piedad y misericordia de mí.*

NOTAS

I Jesús es condenado a muerte: Ciencia de la Cruz.

II Jesús carga con la cruz: Amor por la Cruz.

III Jesús cae por primera vez: Amor por la Cruz.

IV Jesús se encuentra con su Madre: Amor por la Cruz; Cuaderno de notas personales.

V El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz: Amor por la Cruz.

VI La Verónica enjuga el rostro de Jesús: Amor por la Cruz; La Santa Faz.

VII Jesús cae por segunda vez: El misterio de la Navidad.

VIII Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén: Elevación de la Cruz.

IX Jesús cae por tercera vez: Amor por la Cruz.

X Jesús es despojado de sus vestiduras: Exaltación de la Cruz y Elevación de la Cruz.

XI Jesús es clavado en la cruz: Exaltación de la Cruz.

XII Jesús muere en la cruz: Las Bodas del Cordero.

XIII Jesús es bajado de la cruz: Resúmenes de algunos ejercicios espirituales.

XIX Jesús es sepultado: La oración de la Iglesia.

ESTACIONES DEL VIACRUCIS BÍBLICO

I: JESÚS EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Y les dijo: - Siento una tristeza mortal; quedaos aquí y velad conmigo. Después, avanzando un poco más, cayó rostro en tierra y estuvo orando así: -Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura; pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú. (Mt 26, 38-39).

¡Hágase tu voluntad! Éste fue el contenido de la vida del Salvador. Él vino al mundo para cumplir la voluntad del Padre; no sólo para reparar con su obediencia el pecado de la desobediencia, sino para guiar a todos los hombres al camino de la obediencia. La voluntad de las criaturas no tiene capacidad para ser libre autónomamente. Ella está llamada a adecuarse a la voluntad divina. Si se somete libremente a ello, entonces le es concedido cooperar libremente al perfeccionamiento de la Creación.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequeé, **R.** *Ten piedad y misericordia de mi.*

II: JESÚS ES TRAICIONADO POR JUDAS Y ARRESTADO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

El traidor les había dado esta señal: “Al que yo bese, ese es; prendedlo”. Nada más llegar, se acercó a Jesús y le dijo: -¡Hola Maestro! Y lo besó. (Mt 26, 48-49)

La Cruz se eleva ante nosotras. Ella es signo de contradicción. El Crucificado nos contempla desde allí: “¿También vosotras queréis

abandonarme? Nuestro deseo... ¿nace de un corazón totalmente purificado? ¿Hemos rezado verdaderamente “en el nombre de Jesús”, es decir, no sólo con el nombre de Jesús en la boca, sino en el espíritu y en el sentir de Jesús, buscando la gloria del Padre y no la propia? El día en que Dios tenga poder ilimitado sobre nuestro corazón, tendremos también nosotras poder ilimitado sobre el suyo. Si tenemos esto presente, nunca tendremos el valor de condenar a hombre alguno. Sin embargo, tampoco debemos desanimarnos si después de mucho tiempo de vida religiosa tenemos que decirnos a nosotras mismas que todavía somos aprendices e inexpertas. El manantial del corazón del Cordero no se ha agotado. Todavía hoy podemos lavar allí nuestras vestiduras como lo hizo un día uno de los ladrones en el Gólgota. Confiados en la fuerza reparadora de este sagrado manantial nos postramos ante el Trono del Cordero y respondemos a su pregunta: “Señor, ¿a dónde iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68).

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

III: JESÚS ES CONDENADO POR EL SANEDRÍN

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Los jefes de los sacerdotes y todo el sanedrín buscaban una acusación falsa contra Jesús para condenarlo a muerte. (Mt 26, 59)

La visión del mundo en que vivimos, la necesidad, la miseria y el abismo de la maldad humana sirven para atenuar siempre de nuevo el gozo de la victoria de la luz. La humanidad lucha todavía en la oleada de cieno y aún es pequeño el rebaño que ha logrado ponerse a salvo en las más altas cimas de los montes. La lucha entre Cristo y el Anticristo todavía no se ha dirimido. En esta batalla los seguidores de Cristo tienen su puesto. Y su

arma principal es la cruz.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

IV: JESÚS ES NEGADO POR PEDRO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

-¡No conozco a ese hombre! Inmediatamente cantó un gallo. Pedro recordó lo que Jesús le había dicho: “Antes que cante el gallo, me habrás negado tres veces”. Y saliendo fuera lloró amargamente. (Mt 26, 59)

Quien pertenece a Cristo, tiene que vivir toda la vida de Cristo. Tiene que alcanzar la madurez de Cristo y recorrer el camino de la Cruz, hasta Getsemaní y el Gólgota... Cristo es Dios y hombre, y quien toma parte en su vida, tiene que participar de su vida divina y humana. La naturaleza humana, que él asumió, le dio la posibilidad de padecer y morir. La naturaleza divina que Él poseía desde la eternidad, dio a su pasión y muerte un valor infinito y una fuerza redentora. Dios vino al mundo para salvarnos, para unirnos con Él, para unirnos entre nosotros y para hacer nuestra voluntad semejante a la suya. Él conoce nuestra naturaleza y cuenta con ella y por eso nos ha traído todo aquello que nos pueda ayudar para llegar a la meta... El Salvador, que sabe muy bien que somos hombres y que permanecemos hombres, que cada día tenemos que luchar con debilidades humanas, viene en ayuda de nuestra humanidad de manera verdaderamente divina. Quien hace de Él su pan cotidiano deja que se haga realidad cotidiana en sí mismo el misterio de la Encarnación del Verbo. Y ese es el camino seguro para alcanzar el *unum esse cum Deo* y para crecer cada día con mayor fuerza y profundidad en el Cuerpo Místico de Cristo. En nuestra vida tenemos que hacer sitio para el Salvador

eucarístico, para que él pueda transformar nuestra vida en la suya.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

V: JESÚS ES JUZGADO POR PILATO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Todo el pueblo respondió: -¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de esta muerte! Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, se lo entregó para que fuera crucificado. (Mt 27, 25).

Ante esta situación no hay más curación que la del seguimiento de Cristo: del Hijo del Hombre, el cual no sólo obedeció directamente al Padre celestial, sino que se sometió a los hombres que la voluntad del Padre había colocado sobre Él. La obediencia establecida por Dios libera a la voluntad esclavizada de las ataduras de las criaturas y la lleva de nuevo a la libertad. Es por eso también el camino que conduce a la pureza de corazón.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

VI: JESÚS ES FLAGELADO Y CORONADO DE ESPINAS

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Entonces Pilato ordenó que lo azotaran. Los soldados prepararon

una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. También le echaron sobre los hombros un manto de púrpura. Y se acercaban a él diciendo: ¡Salve rey de los judíos! Y le daban bofetadas. (Jn 19, 1-3)

¿Oyes el gemir de los heridos en los campos de batalla del Este y del Oeste? Tú no eres médico, ni enfermera, y no puedes vendar sus heridas. Tú estás encerrada en tu celda y no puedes alcanzarlos. ¿Oyes la llamada agónica de los moribundos? Tú quisieras ser sacerdote y estar a su lado. ¿te conmueve el llanto de las viudas y de los huérfanos? Tú quisieras ser un ángel consolador y ayudarles. Mira al Crucificado. Si estás esponsalmente unida a él en el auténtico cumplimiento de tus santos votos, es tu sangre su sangre preciosa. Unida a Él eres omnipresente como Él. Tú no puedes ayudar como el médico, la enfermera o el sacerdote aquí o allí. En el poder de la Cruz puedes estar en todos los frentes, en todos los lugares de aflicción; a todas partes te llevará tu amor misericordioso, el amor del corazón divino, que en todas partes derrama su preciosísima sangre, sangre que alivia, santifica y salva.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

VII: JESÚS CARGA CON LA CRUZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Tomaron, pues, a Jesús, que, llevando su cruz, salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota. (Jn 19, 17).

La totalidad de las culpas humanas, desde la primera caída hasta el día del juicio, tiene que ser borrada por una expiación equivalente. La vía crucis es esta reparación. Las tres caídas de Cristo bajo el peso de la Cruz corresponden a la triple caída de la humanidad: el pecado original, el

rechazo del Redentor por su pueblo elegido, la apostasía de aquellos que llevan el nombre de Cristianos. No se trata de un recuerdo simplemente piadoso de los sufrimientos del Señor cuando alguien desea el sufrimiento. La expiación voluntaria es lo que nos une más profundamente y de un modo real y auténtico con el Señor. Y esa nace de una unión y existente con Cristo.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

VIII: JESÚS ES AYUDADO POR EL CIRINEO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Cuando le llevaban, echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús. (Mc 23, 26).

El Salvador no está solo en el camino de la Cruz y no son sólo enemigos los que le acosan, sino también hombres que le apoyan: como modelo de los seguidores de la cruz de todos los tiempos tenemos a la Madre de Dios; como tipo de aquellos que asumen el peso del sufrimiento impuesto y soportándolo reciben su bendición, tenemos a Simón de Cirene; como representante de aquellos que aman y se sienten impulsados a servir al Señor está Verónica. Cualquiera que a lo largo del tiempo haya aceptado un duro destino en memoria del Salvador sufriente, o haya asumido libremente sobre sí la expiación del pecado, ha expiado, en parte, el inmenso peso de la culpa de la humanidad y ha ayudado con ello al Señor a llevar esta carga; o mejor dicho, es Cristo-Cabeza quien expía el pecado en estos miembros de su cuerpo místico que se ponen a disposición de su obra de redención en cuerpo y alma.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

IX: JESÚS SE ENCUENTRA CON LAS MUJERES DE JERUSALÉN

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Lo seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por Él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: -Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. (Lc 24, 27-28)

Cristo podía, solamente, acoger a todo hombre que quiera entregarse a Él y acogerles en la unidad de su Persona divino-humana y, como miembros de su cuerpo místico, ofrecerlos al Padre. Para eso vino al mundo. Cristo vino para arrancar a los pecadores del pecado y restablecer la imagen de Dios en las almas profanadas. Él viene como Hijo del pecado, -así nos lo demuestra su genealogía y toda la historia del Antiguo Testamento-, y busca la compañía de los pecadores para tomar sobre sí todos los pecados del mundo y llevarles consigo al madero ignominioso de la Cruz, que este modo se convirtió en el signo de su victoria. Por eso las almas virginales no conocen el desprecio por los pecadores. La fuerza de su pureza sobrenatural no tiene miedo de mancharse. El amor de Cristo las empuja a penetrar en la noche más profunda. Y ninguna alegría maternal se puede comparar con la felicidad del alma capaz de encender la luz de la gracia en la noche del pecado. El camino es la Cruz.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

X: JESÚS ES CRUCIFICADO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Era la hora tercia cuando le crucificaron. Con Él crucificaron a dos salteadores, uno a su derecha y otro a su izquierda. Y los que pasaban por allí le insultaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Eh, tú!, que destruyes el santuario y lo levantas en tres días, ¡sálvate a ti mismo bajando de la cruz! (Mc 15, 25-27. 29-30).

Ante ti cuelga el Salvador en la Cruz porque se hizo obediente hasta la muerte en la Cruz. Él vino al mundo no para hacer su voluntad sino la voluntad del Padre. Tu Salvador cuelga ante ti en la Cruz, desnudo y solo, porque él ha escogido la pobreza. El que quiera seguirlo tiene que renunciar a todos los bienes de la tierra. Tu Salvador cuelga ante ti con el corazón abierto. Él ha derramado la sangre de su corazón para ganar el tuyo. ¿Quieres seguirla en santa pureza? Entonces tu corazón tiene que estar libre de todo deseo terreno: Jesús, el Crucificado, será el único objeto de tus anhelos, de tus deseos, de tus pensamientos. Él quiere tu vida para regalarte la suya.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. *Señor pequé,* R. *Ten piedad y misericordia de mi.*

XI: JESÚS PROMETE SU REINO AL BUEN LADRÓN

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

-Jesús, acuérdate de mi cuando vengas como rey. Jesús le respondió:
-Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso. (Lc 24, 42-43)

¿Qué es lo que hizo posible la reconciliación? Ciertamente no fue ni la sangre de los animales degollados, ni el Sumo Sacerdote de al descendencia de Aarón, sino la verdadera víctima de reconciliación. Quien quiera entrar con Él en la gloria celestial, tiene que dejarse clavar él mismo en su Cruz. Cuanto con mayor disposición se extienda sobre la Cruz y pacientemente soporte los golpes del martillo, tanto más profundamente experimentará la realidad de estar unida con el Crucificado.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

XII: JESÚS CRUCIFICADO, LA MADRE Y EL DISCÍPULO AMADO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre: - Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: - Ahí tienes a tu madre. Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya. (Jn 19, 26-27)

La Madre-Esposa llegaría a ser al Madre de todos los redimidos, ella constituiría la ciudad viviente de Dios. Este misterio le fue revelado a San Juan cuando estaba con la Virgen Madre al pie de la Cruz y fue entregado a ella como hijo... El amor materno es el más fuerte amor humano. El amor de María superaba el de todas las madres. Era más ardiente que el de los serafines. Ella misma – como el Espíritu Santo - puede ser llamada el amor. Y por lo mismo, también no sólo con-crucificada, sino que ella misma es la cruz. El Hijo en sus brazos es el instrumento de su martirio. Todos sus sufrimientos y dolores son de ella. Todas sus alegrías maternas están atravesadas por el sufrimiento. Y todas las palabras de Jesús a ella son medios para apartarle del pensamiento de su dignidad de madre: el encuentro en el templo, en Caná, cuando ella le buscó durante su actividad

de predicador, finalmente en al cruz. Él aquí tampoco la llama madre, porque él la quiere unir consigo en la entrega de sí a al obra de redención. Ella se convierte en el Gólgota en madre de la Iglesia, en nuestra madre. Y para ella propiamente era ésta la hora de su muerte.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

XIII: JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, entregó su espíritu. Entonces, el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo; la tierra tembló y las piedras se resquebrajaron. (Mt 27, 50-51)

Donde realmente tiene que empeñarse (el alma) es en la renuncia de la propia voluntad. Por eso, el que obedece no estudia la Regla y Constituciones para descubrir sutilmente cuántas de las así llamadas “libertades” se le permiten todavía, sino para descubrir cada vez mejor cuántos pequeños sacrificios y oportunidades se le ofrecen cada día y cada hora para progresar en la renuncia de sí. Toma todo ésto sobre sí como un yugo suave y una carga ligera, pues se siente, por este medio, más cercana y profundamente unida con el Señor, que fue obediente hasta la muerte de Cruz. Los hijos de este mundo consideran este modo de obrar inútil, irracional y mezquino. El Salvador, que edificó durante treinta años su trabajo cotidiano en base a tales pequeños sacrificios, juzgará de otro modo.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

XIV: JESÚS ES SEPULTADO

V. Te adoramos, Cristo, y te bendecimos.

R. *Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.*

José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en un sepulcro nuevo que había hecho excavar en la roca. Rodó una piedra grande a la puerta del sepulcro y se fue. María Magdalena y la otra María estaban allí, sentadas frente al sepulcro. (Mt 27, 60-61).

Nuestros pecados quedaron destruidos a fuego en la Pasión y muerte de Cristo. Cuando esto creemos y nos unimos al Cristo Total guiados por la fe, -lo cual quiere decir que hemos entrado también decididos por el camino del seguimiento de Cristo-, ya entonces, Cristo nos va llevando “a través de su Pasión y de su Cruz, a la gloria de la Resurrección”. Esto mismo, exactamente, es lo que experimenta el alma en la contemplación: el paso, a través del fuego expiatorio, a la dichosa ventura de la unión de amor. Es lo que da razón de su doble carácter. Es muerte y resurrección. Tras la *noche oscura* resplandece la *llama de amor viva*.

Padrenuestro, Ave María, Gloria.

V. Señor pequé, R. Ten piedad y misericordia de mi.

NOTAS

- I Jesús en el Huerto de los Olivos:** Elevación de la Cruz.
- II Jesús es traicionado por Judas y arrestado:** Las bodas del Cordero
- III Jesús es condenado por el Sanedrín:** Amor por la Cruz.
- IV Jesús es negado por Pedro:** El misterio de la Navidad.
- V Jesús es juzgado por Pilato:** Elevación de la Cruz.
- VI Jesús es flagelado y coronado de espinas:** Exaltación de la Cruz.
- VII Jesús carga con la cruz:** Amor por la Cruz.
- VIII Jesús es ayudado por el Cirineo:** Amor por la Cruz.
- IX Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén:** Elevación de la Cruz.
- X Jesús es crucificado:** Exaltación de la Cruz.
- XI Jesús promete su Reino al Buen Ladrón:** Las Bodas del Cordero.
- XII Jesús crucificado, la Madre y el Discípulo amado:** Las bodas del Cordero; Ejercicios 1937.
- XIII Jesús muere en la cruz:** Las Bodas del Cordero.
- XIV Jesús es sepultado:** Ciencia de la Cruz.

Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein). Nació en Breslau el 12 de octubre de 1891, en el seno de una familia judía. Desde niña destacó por su inteligencia. Su verdadero interés era la filosofía. Le interesaban también los problemas de la mujer. En 1913 se fue a Gottinga para asistir a las clases universitarias de E. Husserl, de quien fue discípula y asistente, consiguiendo con él el doctorado. Al estallar la I Guerra Mundial siguió un curso de enfermería y prestó servicio en un hospital militar austríaco. Por aquel tiempo le ocurrió un hecho importante: observó cómo una aldeana entraba en la Catedral de Frankfurt con la cesta de la compra, quedándose un rato para rezar. *“Esto fue para mí algo completamente nuevo. En las sinagogas y en las iglesias protestantes que he frecuentado los creyentes acuden a las funciones. Aquí, sin embargo, una persona entró en la iglesia desierta, como si fuera a conversar en la intimidad. No he podido olvidar lo ocurrido”*. Se bautizó en enero de 1922. Después de su conversión, aspira a entrar en el Carmelo. El 14 de octubre de 1933 entra en el Carmelo de Colonia. Fue sacada por la Gestapo del convento de Echt (Países Bajos) al que tuvo que huir por la persecución nazi. Al amanecer del 7 de agosto sale una expedición de 987 judíos hacia Auschwitz. El 9 de agosto Sor Teresa Benedicta de la Cruz, junto con su hermana Rosa y muchos otros de su pueblo, murió en las cámaras de gas de Auschwitz.

